



Revista **Veintitrés**, Edición N° 484 - 12/10/2007
Suplemento Contraeditorial

Tu nota es mi nota

Por Adriana Amado Suárez

No se acaban los telediarios. Y menos por un paso de comedia. Los que dicen con desasosiego ¡Noticieros eran los de antes! parecen tener en mente un telediario ideal que no sabemos cuándo ni dónde tuvieron pantalla. Es cierto que antes el teleobjetivo apuntaba a una cabeza seria encaramada en un atril, que mirándonos a los ojos nos aseguraba que eso era lo que teníamos que conocer de la realidad. Pero ya hace bastante que la cámara perdió su rigidez circunspecta. Primero enfocó el detrás de escena, los técnicos, otras cámaras, y después salió a la calle para hacerse deliciosamente atorranta: con Crónica TV aprendió a retratar el bache, el croto, la sexta de Palermo, el motoquero herido. Nunca más volvió al estudio: hoy la imagen del noticiero sale del celular del caballero o del estante del quiosco que filma su propia noticia, porque ésa bien podría ser la noticia de todos. Mi bache es tu bache. Mi robo es tu robo.

Si se modificó el clásico triángulo acontecimiento, mensajero y ciudadano no es porque el periodista se presente como gente común, sino porque ha perdido su lugar en el juego. Sea porque deja a los ciudadanos el relato de los acontecimientos, invitándolos a enviar su filmación casera para engordar el *blog* del multimedio. Sea porque cede su lugar a las fuentes, siempre desesperadas porque su acto proselitista ocupe la primera plana, o a los anunciantes, ansiosos por darle a su promoción el formato de una noticia de interés público.

Ya no tenemos periodistas investigadores buceando en el lodo de la corrupción. Apenas si corren tras algún perejil de Plaza Constitución (cuando no están entretenidos vendiendo leche cultivada). Al periodismo parece alcanzarle con que algún personaje con cierta cuota de histrionismo se pare en la ventanilla de informes para filmar lo que le pasaría a cualquiera vecino que estuviera ahí. Pero esto no es nuevo. Lo inventó el mismísimo Joseph Pulitzer en el siglo XIX (las aventuras de la intrépida periodista Nellie Bly acorbadarían al más Malnatti) y después Chiche hizo la adaptación para televisión. Su lema es “como la noticia no espera la cámara, la cámara hace la noticia”. Pero luego cualquier historia hábilmente compaginada por el equipo de producción se perderá en el aire entre el lanzamiento del disco del mes, la promo de la película de la semana y la inauguración conurbana del día.

La noticia actuada no los hará periodistas, pero tampoco superhéroes, aunque viajen en Malnamóvil y sobreactúen hipotéticos poderes. O al menos, no en el sentido del mítico Clark Kent, que era periodista y podía ver todo lo que pasaba y acudir presuroso donde era necesaria su intervención. Los periodistas se parecen cada vez menos a Superman. Cambiaron la mirada de Rayos X por la de la cámara de seguridad del banco o del aeropuerto, que presentan como “Informe especial”. No en vano, cuando el cine pinta al periodista contemporáneo lo disfraza de Hombre Araña, superhéroe devaluado que toma sus poderes de una alimaña y acumula más contratiempos que éxitos como reportero gráfico *free-lance*. Igual nos cae bien el Hombre Araña cada tanto por la televisión. A juzgar por el *rating*, mucho más que alguno que otro personaje.

¿Qué esperabas?

Nadie podría esperar informarse cabalmente de lo que ocurre en el mundo por el simple hecho de sentarse en pantuflas con una naranjada en la mano, como dice Ignacio Ramonet. Sostiene este periodista que es imposible informarse sin fatiga, por lo que “No se puede achacar todos los males a la televisión. No es una cuestión de moral o de mala fe, es cuestión de saber cómo funciona. No se puede decir: la televisión me informa mal, ella es la culpable. Es un poco como si alguien pretendiese aprender japonés en un fin de semana y sin esfuerzo; se estaría mintiendo. La persona que se dice ‘voy a informarme mirando un telediario’, se está mintiendo a sí misma, porque no se da cuenta de que está haciendo una apuesta con su propia pereza”. Habiendo otras fuentes, la televisión no se responsabiliza por los daños que puede ocasionar el uso del noticiero.

La información no es una sustancia que se transmite por fotosíntesis catódica, por las mismas razones que la película no reemplaza el libro, ni el History Channel, la consulta a la enciclopedia. Justamente la diferencia entre un diario y un libro es que el primero es, irremediamente, basura antes de que termine el día. La información de TV es todavía más fugaz, y con suerte subsiste apenas reciclada en cháchara. La TV apenas si pretende impulsar una “lucha de frases”.

Otro mito sobre el que descansan los críticos de la TV es que en las sociedades hay grupos más iluminados que otros y que por ser beneficiados con ese don de claridad, deben transmitir su sapiencia a las masas incultas y adormecidas. Curiosamente son los que reniegan de la televisión los que le asignan una potestad y un saber que no tiene. Entonces protestan porque los noticieros hablan cada vez menos de política, olvidando que fue la política la que aceptó hacerse espectáculo. Los funcionarios son los primeros que acuden presurosos a aceptar el *make-up* que les saque brillo a la peluca antes de hacer declaraciones que sólo ellos registran, tan ansiosos que están por verse en la televisión. Y sus asesores (cuando dejan de ser serios analistas y asumen responsabilidades comunicativas como periodistas o jefes de prensa) son los segundos que ignoran cualquier obligación de informar. Y luego los dos le echan la culpa a la mediatización y a los mensajes vacíos. Las audiencias, en cambio, suelen cambiar de canal.

Pedir peras al noticiero

No le vamos pedir al noticiero que nos cuente lo que no quiere contarnos. Sospechamos que no pueden decir todo lo que saben. Sólo los críticos y los propios medios suponen que están llamados a grandes destinos: la gente los usan para cuestiones más modestas.

Por lo demás, diariamente los televidentes expresan su parecer sobre los noticieros: la mayoría casi siempre está viendo otra cosa. Y no porque no les guste ver la realidad en la televisión, sino porque se dieron cuenta de que ésta ya no transita por el telediario. La pelea descarnada por no ser expulsado del living del Gran Hermano, o por desafiar con esfuerzo la obesidad, es más parecida a la lucha cotidiana de cualquiera que las imágenes edulcoradas de la inauguración electoral de cloacas, escuelas o placas conmemorativas. Las declaraciones oficiales son el ejercicio de ficción con menos *rating*.

Lo único que esperamos de los informativos es que se hagan cargo de lo que transmiten y que dejen de responsabilizar a las audiencias de sus torpezas. Nadie sale a la calle a pedir eso que vemos. Si algo pudiéramos pedirle a los noticieros (y a los panegiristas de su estado puro) es que traten de entender por qué cada noche preferimos estar viendo otra cosa. Que se hagan cargo de que si eligen pasar el avance de la película pochoclera le están restando espacio a algo que por ahí nos interesa un poco más. Que si se encandilan con la fuente de poder, le restan

cámara al antagonista. Que si deciden que la participación ciudadana se limita a aquellos que pueden grabar un video con el celular, no nos vengan con que eso es democratizar los medios. Que si repiten lo que salió en el diario de la mañana, terminaremos por prescindir de uno de ellos. Y que si creen que son tan importantes para nosotros, que actúen a la altura de su mediacentrismo.

Jugar en el juego del poder no los convierte en poder de la misma manera que intentar agendar la noticia del día no significa que ésa termine siendo importante para el hombre de a pie. No en vano la noticia más recordada por la opinión pública en los últimos meses fue la nevada que cayó inesperadamente en julio, que no vimos solamente por las noticias. Fue lo más cercano a la vida misma que nos mostró la tele en los últimos tiempos. /a

cátedra /a